



Tras el acuerdo parlamentario aprobado en Italia, Andreotti puede gobernar con el respaldo del 90 por 100 del electorado.

El capítulo económico es, sobre todo, ambiguo. Los partidos constatan, sobre todo, los males que hay que combatir: la inflación, el déficit de la balanza de pagos con el exterior, la deuda del país, la fragilidad de la reserva de divisas, el déficit del sector público, la escasez de inversiones, el aumento del paro obrero. ¿Cuáles son las soluciones? Prácticamente, una carta blanca al Gobierno para que siga la política anterior en el sentido de la austeridad. Pero ningún partido quiere comprometerse concretamente en definir medidas que puedan reducir los salarios o dificultar más aún el nivel de vida de la clase media.

El problema de la regionalización va en el sentido ya conocido de evitar la centralización, de suprimir la forma actual de las provincias, y la concesión a regiones más naturales que las provincias señaladas y divididas por la administración clásica de mayores poderes de autonomía. Es también un tema tocado con ligereza: hay demasiados desacuerdos. La Democracia Cristiana, por ejemplo, se resiste a dar mayor capacidad de poder a las autoridades regionales porque sabe la influencia que tiene, ganada en las últimas elecciones, el Partido Comunista en esos medios: los comunistas, a su vez, amenazan ya con que si el Gobierno retrasa esos planes, sufrirá una "presión democrática popular" (Berlinguer).

La cuestión de la enseñanza: escolaridad obligatoria prolongada hasta los quince años (retrasaría la entrada en el campo del trabajo de los jóvenes y dejaría más puestos disponibles, pero empobrecería a familias que necesitan todos los salarios), una orientación profesional que haga coincidir los estudios con las necesidades del mercado de trabajo: "desarrollo de la Universidad para detener el crecimiento irregular de la descalificación progresiva" (podría entenderse por esa frase deliberadamente oscura y cobarde un establecimiento de "numerus clausus" para evitar que los universitarios excesivos, después, desborden sobre empleos menores)...

La información: ayuda a la prensa, que pasa por momentos de crisis; lucha contra las concentraciones, limitación en el precio del papel; la televi-

sión nacional deberá evitar "oposiciones ideológicas" entre sus distintas cadenas; mayor reglamentación de las emisoras privadas (emiten desde fuera del territorio nacional).

Los nombramientos: será el Parlamento el que haga los nombramientos de presidentes de empresas públicas "según criterios precisos de competencia": el Parlamento debería tener derecho de veto sobre los nombramientos administrativos. El contenido ha demasiado explícito de este capítulo va claramente dirigido contra la propia Democracia Cristiana, que lleva años nombrando a sus gentes o a sus favoritos: se considera que su poder en el país se debe, sobre todo, a esa red de funcionarios de todos los niveles nombrados por la DC.

El paso, o la serie de pasos, dado ahora por el Parlamento tendrá que ir en el sentido de redactar leyes para adaptar este programa a los casos concretos. Las discusiones pueden ser mínimas, pero pueden no serlo y destrozar hasta cierto punto el carácter de unidad del documento. Pero políticamente no se sabe bien si se está en el principio de algo, o solamente

en una situación extraordinaria que terminará para que vuelva a gobernarse como antes. El punto de vista del PCI es que es el principio para el Gobierno de "salvación nacional", en el que tendrían algún o algunos ministros (quizá Andreotti haya calculado esa posibilidad con Carter; pero Andreotti sigue negando cualquier posibilidad de "compromiso histórico"), mientras que el de la Democracia Cristiana es, por el contrario, el de que se trata solamente de sacar adelante al país en una situación extraordinaria, y que la urgencia justifica esta medida excepcional. Tras de la cual volvería a gobernar, sola, la DC. Si es que en las próximas elecciones —las que habrá, inevitablemente, si este acuerdo no salva al país— consigue la mayoría. Si la consigue, como parece pronosticado, ¿irá al Partido Comunista? ¿Sería entonces un Partido Comunista mayoritario el que haría un "compromiso histórico"? ¿Continuaría Carter con la misma anuencia que ahora? Preguntas sin respuesta. Como no tiene respuesta la pregunta de si el Partido Comunista no perderá votantes en esa experiencia que le está llevando

tan lejos de su primitiva manera de ser y de pronunciarse.

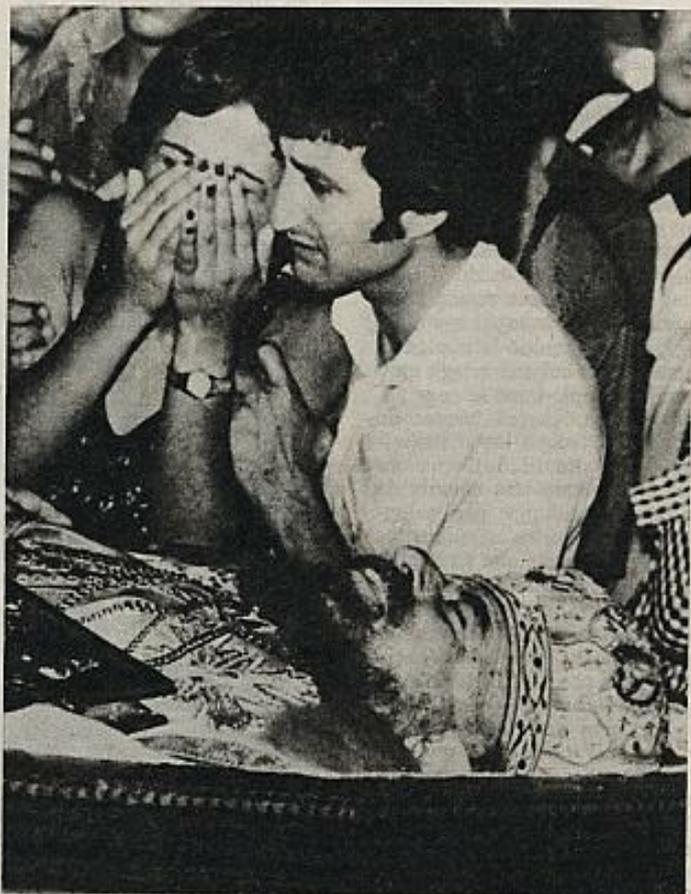
En cuanto a la posibilidad de que el pacto o acuerdo de los partidos del "arco constitucional" pueda salvar a Italia de la situación en que se encuentra, existe indudablemente, pero no parece demasiado clara. En realidad, en los últimos tiempos ha disminuido algo la tensión —aunque las cárceles estén realmente repletas— y parece que la situación económica se está haciendo más estable. Parece que Andreotti no se ha traído de los Estados Unidos solamente la anuencia de Carter, sino algo de ayuda: sus entrevistas con autoridades económicas —el secretario del Tesoro, los responsables de la energía, los presidentes de los Bancos...— han permitido, por lo menos, algunas esperanzas.

En cuanto a la situación de la democracia dentro de todo esto, puede producir efectivamente serias inquietudes, y no sólo a Sartre y Foucault. No todo el mundo cree como el PCI que Italia es el país más libre y más democrático de Europa, y menos aún que este acuerdo o pacto vaya en este sentido. ■

CHIPRE SIN MAKARIOS

EN el próximo septiembre, la Asamblea General de las Naciones Unidas deberá abrir un nuevo debate sobre Chipre o, con más realidad, continuar el eterno debate sobre la desgraciada y codiciada isla mediterránea. Pero en este momento ha saltado una pieza clave en toda la cuestión: el Jefe del Estado, el arzobispo Makarios, ha muerto de una crisis cardíaca al amanecer del 3 de agosto. Makarios había conseguido representar un cierto equilibrio. Inestable, a punto siempre de romperse, con amenazas por todas partes, pero un equilibrio de todas formas. Va a ser difícil reemplazarle. Makarios era un hombre excepcional, uno de los últimos hombres fundamentales de la época de las personalidades como base de la política. "Un bizantino", un "griego de hace mil años", son algunas de las frases de elogio que se han oído y se han escrito en la agitada zona chipriota. Y algunas pronunciadas quizá con otro contenido: "el Fidel Castro del Mediterráneo", un Rasputín... Probablemente, lo era todo al mismo tiempo. Como lo han sido los políticos de su época.

La cuestión de Chipre tiene dos claves esenciales, comunes a otros países de la zona: la caída del Imperio otomano y la descolonización británica. Chi-



Makarios representaba un cierto equilibrio en la agitada zona de Chipre. En la foto, el cadáver del arzobispo chipriota expuesto al público en la catedral de San Juan de Nicosia.

CHIPRE SIN MAKARIOS

pre había sido anexionada al Imperio otomano, por ocupación, en 1570. Era ya una encrucijada en una historia larga que tenía al Mediterráneo como escenario principal: una escala de navíos conquistadores, Chipre había sido griega, asiria, egipcia, romana, bizantina y árabe. Había pertenecido a Venecia y también a Inglaterra por una expedición de Ricardo I. Era veneciana cuando la tomaron los turcos: y se encontraron con una población que, siendo multinacional, tenía sin embargo un fuerte espíritu de independencia. La colonización otomana no hizo más que aguzar esa resistencia. No fueron los turcos ocupantes cómodos: ningún ocupante lo ha sido jamás. Más de tres siglos de ocupación sirvieron para crear una minoría turca dominante, pero no para acabar con un cierto espíritu chipriota. La caída del Imperio otomano supuso el asentamiento de Gran Bretaña. En 1878, una convención internacional dio a Gran Bretaña derechos de mantener bases militares permanentes en la isla, aún bajo gobierno turco: los británicos prometían a cambio defender a Turquía contra un ataque ruso. Desde esa base mediterránea, Gran Bretaña inició la dominación de Egipto y otros países árabes. Pero en 1914 —guerra mundial—, Gran Bretaña ocupó totalmente la isla. Y comenzaron otra política: hacer ofertas a Grecia, a cambio de su entrada en la guerra. Las ofertas iban en el sentido de que Chipre fuera unido a Grecia; probablemente nunca hubo intenciones de cumplir esa oferta, pero sí permitió la implantación de una colonia griega muy numerosa, que tomó la hegemonía —o sea, ciertas formas de privilegio— sobre los disminuidos turcos. En 1925, Chipre era ya oficialmente una colonia de la Corona Británica, pero se enfrentaba como los movimientos de independencia que ya habían sufrido los turcos. Sin embargo, estos movimientos tenían ya tendencias diversas: desde los que querían la independencia total para crear un Estado a los que pretendían la "enosis" o incorporación definitiva a Grecia y los que intentaban reunirse con Turquía. Todo lo cual iba a crear nuevas tensiones entre Grecia y Turquía, países de relaciones dramáticas a lo largo de la Historia. En 1931, el estallido que más duro fue para los británicos fue el de la "enosis", o unión con Grecia.

En ese momento comienza a

formarse a la política y la religión —lo cual suponía en Chipre prácticamente lo mismo— el joven Makarios. Había nacido en 1913. Sus padres: campesinos modestos. Fue pastor, trabajó los campos y entró como novicio en un monasterio ortodoxo a los doce años. Los estudios de Makarios no se limitaron a la Teología: estudió años en Atenas, obtuvo una beca para Estados Unidos y cursó estudios superiores en Boston. Hubiera querido seguir una carrera universitaria, pero se le reclamó desde Chipre para un puesto religioso (metropolitano de Kiton) y su carrera se hizo ya definitivamente política. Política, porque no hay diferencia en Chipre entre religión y política, lo cual es común con otros países, y especialmente de aquéllos que han tenido que luchar contra la ocupación de naciones de una fe distinta y han aguzado como militante el sentido religioso (la lucha contra los musulmanes dio a España unas relaciones especiales entre la Iglesia y el Estado, que todos conocemos). El sistema de la Enarquia, o identidad de la Jefatura de la Iglesia con la Jefatura del Estado, procedía ya de la dominación musulmana de Chipre, aunque de alguna forma estaba ligado con el de la unión con Grecia (de donde los ortodoxos podían recibir ayuda). Los británicos, a partir del movimiento de 1931, comenzaron a deportar personajes religiosos fuera de la isla, por esta razón. A Makarios le acusaron vivamen-

te los ingleses de fomentar el terrorismo antibritánico. La realidad es que ascendió rápidamente en su carrera religioso-política: ordenado sacerdote en 1946, en 1950 era ya jefe de la Iglesia de Chipre y, por lo tanto, Jefe de la nación. De una nación que todavía no existía. Pero que iba a existir poco después. Los británicos continuaron luchando contra el terrorismo creciente y finalmente deportaron también a Makarios. Lo que más temieron de él no fue su "profunda implicación en la campaña terrorista", como decía el gobernador británico que le deportó, sino su capacidad para unir. Había reunido en una misma acción a la extrema derecha —que pretendía la unión con Grecia, casi fascista— y el partido comunista (AKEL), que pretendería la independencia, sobre todo a partir del momento en que, en la posguerra, los comunistas mantenían la guerra civil en Grecia atacados por los ingleses y los americanos que habían teóricamente liberado el país. Al mismo tiempo que esa acción interior, Makarios conducía una campaña internacional, principalmente en las Naciones Unidas, para conseguir la autodeterminación: que fueran los propios chipriotas quienes eligieran su destino. Frente a una guerrilla interior perfectamente organizada —por el general Grivas—, los ingleses comenzaron a buscar la ayuda de quienes en realidad habían abandonado sus derechos, los turcos. Lo cual

alimentó en Ankara de nuevo la esperanza de recuperar Chipre o, al menos, de tener una base sólida. Esta acción típicamente británica de dividir las minorías de un país (como, por ejemplo, la separación India-Pakistán) iba a ocasionar una catástrofe posterior para la causa de Occidente: la renovación de la vieja hostilidad entre Grecia y Turquía, miembros sin embargo de la misma alianza —la Atlántica, denominación geográficamente disparatada, porque no hay ninguna relación con el Atlántico— en una zona de alto interés, que los Estados Unidos habían defendido a sangre y dólares. Una ruptura que la URSS ha utilizado y, sin duda, utiliza. Gran Bretaña, finalmente, después de una resistencia tozuda, organizó una conferencia (Londres, 1955) entre ella misma, Grecia y Turquía: rota y reanudada muchas veces —fue durante esta conferencia, o durante su período de vigencia, cuando Makarios fue deportado—, decidió finalmente la independencia de la isla, aunque con la conservación de bases británicas. En 1959 Chipre fue proclamada independiente, y el arzobispo Makarios elegido Jefe de Estado, con el doble de votos que su oponente, Glérides (personaje superviviente, uno de los que habla ahora para suceder a Makarios), que representaba la izquierda.

Los británicos conservaban bases y habían dividido también las formas de poder entre griegos y turcos. Comenzó entonces el período más duro dentro de la isla: al mismo tiempo que se lanzaban ataques contra los soldados británicos, las comunidades turca y griega chocaban entre sí, con verdaderas matanzas. Se envió una fuerza de paz de la ONU (los "casco azul") y se preparó en la ONU un programa que mantenía la independencia, rechazaba el federalismo en dos regiones separadas y proponía un Gobierno de mayorías con garantías para las minorías. No han cesado desde entonces los problemas. Y se han influido por las circunstancias externas: como el "golpe de los coroneles", que convirtió a Grecia en una dictadura fascista, hizo que los nuevos dictadores —con un movimiento político psicológico clásico— hablaran de nuevo de "enosis", o de anexión, y unas nuevas divisiones interiores. Los coroneles mandaron a la isla de nuevo al viejo general Grivas, para que organizase la lucha contra Makarios, y movilizaron a los obispos (que perdieron su batalla). El 15 de junio de 1974, los coroneles lanzaron un golpe de Estado, con intento de asesinato, contra Makarios; salió indemne y recuperó el poder meses más



Entre los problemas que se plantean está el de romper con la tradición de la "enosis" y que el nuevo Jefe de Estado no sea el jefe de la Iglesia.



En Chipre se abre ahora un período difícil en que, sin embargo, es posible llegar a una solución de compromiso con la minoría turca.

tarde. Pero, entre tanto, los turcos habían aprovechado la situación para realizar dos desembarcos. De nuevo crecieron las tensiones en la isla, los intentos de separación de las dos comunidades, las luchas internas... El turismo huyó, la economía se hizo difícil... Y de nuevo Makarios intentó ponerlo todo a flote.

El 20 de julio pasado, al conmemorar el tercer aniversario del golpe de Estado de 1974, Makarios recibió a sus invitados y luego dio una conferencia de prensa. Ofrecía un aspecto intelectual y físico admirable: nadie hubiera podido sospechar que le quedaban quince días de vida. Makarios rechazaba en esa conferencia de prensa toda posibilidad de un "compromiso" con la minoría turca, en forma de federación (compromiso que propugna Clérides, en nombre de la izquierda) para proponer en cambio una República comunitaria, un ideal de país unido con respeto interior a las minorías. Iba a iniciar unas negociaciones intercomunitarias. Sin duda se celebrarán ahora, pero impensadamente para buscar solución al problema de quién sucede a Makarios. El propio Makarios hablaría de la posibilidad de que le sucediera "un día" Cipriano (Kypriano), que efectivamente mantiene ahora la sucesión por razones constitucionales (es presidente de la Cámara de Diputados greco-chipriota). Las primeras reuniones —cuando todavía Makarios no había sido enterrado— juntaron a los dirigentes del partido comunista —de gran influencia en la isla—, el socialista, la Unión Democrática (conservadores) y el Centro Democrático de Cipriano. El problema de principio que se plantea es el de romper con la tradición de la "anosis" y que el Jefe de Estado no sea el jefe de la Iglesia. La sucesión, constitucionalmente, ha de decidirla el pueblo, en elecciones que se celebren antes de los cuarenta y cinco días de la vacante. Pero se votará a quien los partidos políticos de-

signen, si llegan a un acuerdo. La división de partidos, según las elecciones legislativas de hace un año, centra un 25 por ciento de votos en torno a las ideas de Clérides de compromiso con los turcos, lo que se llama "realismo", pero sin un diputado en la Cámara (efectos de la Ley Electoral). Cipriano

reúne un 35 por 100 de los votos (y veinte diputados), pero su desventaja es la edad y la situación de salud. El partido comunista tiene el 31 por 100 de los votos, y los socialistas, el 11.

En cualquier caso, el Presidente elegido seguirá sin ser reconocido por los turcos, y la cuestión de Chipre tendrá que pasar, una vez más, por las Naciones Unidas.

La ausencia de Makarios va a variar mucho el efecto de las presiones exteriores. No sin cierta ingenuidad lo han expresado ya los turcos, que consideran que cualquier sucesor de Makarios será más fácilmente "negociador" que el propio Makarios. Para Ankara, el problema de Chipre era, sobre todo, el problema de Makarios, su capacidad dialéctica y política y su influencia en los Estados Unidos, partidarios, no obstante, de un "compromiso" que termine con el enfrentamiento entre sus dos aliados. Probablemente los turcos harán lo posible porque la sucesión caiga en

manos de Tassos Papadópulos, de no ser posible Clérides.

Los pasos más inmediatos del problema chipriota podrían ser estos: designación de un candidato aceptado por todos los partidos y elección de éste; debates en las Naciones Unidas; conversaciones intercomunitarias y, posiblemente, una conferencia internacional, con Grecia y Turquía, tal vez con Gran Bretaña en tanto que mediadora, para conseguir una garantía internacional de las decisiones que se tomen.

La posibilidad de que Makarios, a pesar de su grandeza histórica y de su talla colosal de político —más grande que la misma nación que presidía—, haya sido un obstáculo para el arreglo del problema de Chipre es muy digna de tenerse en cuenta. Esto es: que si se abre ahora un período turbulento y difícil, en el que puede pasar de todo, como consecuencia de esta orfandad, en cambio es más posible llegar a una solución de compromiso. ■

EL "CASO" DIAZ ORDAZ

El 2 de octubre de 1968 se produjo en la Plaza de las Tres Culturas, de la ciudad de México, una matanza de estudiantes. El Presidente de la República era Gustavo Díaz Ordaz; el ministro del Interior, Luis Echeverría. El año 1968 es muy significativo en la historia de las luchas por las libertades: aparte de la aplastada "primavera de Praga", tan dolorosamente aplastada, se produjo la de París y una irradiación por el mundo de unas esperanzas juveniles en la renovación de la sociedad. En todas partes —y no sólo en el mundo occidental, como lo demostraron los jóvenes de Praga— había razones para esta insurrección. En México fueron muy concretas. El PRI, Partido Revolucionario Institucional, ocupa el poder eternamente: es un partido único, aunque legalmente haya otros partidos y estén presentes en la Cámara —el Partido de Acción Nacional, derecha, es habitualmente el segundo, pero a gran distancia del PRI; el PPS, Partido Popular Socialista, es una izquierda marxista y sindical; el PARM, Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, fue creado por veteranos de la revolución de 1910—, que domina todos

los resortes del poder. Es algo más que un partido: es un movimiento, en el sentido de que reúne tendencias muy diversas, y es, sobre todo, una máquina, un aparato de Gobierno y Administración del país. Para los jóvenes, como menos resignados, supone una esclerosis, una corrupción; no permite el progreso de México; ni el avance de las clases desfavorecidas, y está sometido a su terrible vecino, los Estados Unidos. La ola de 1968 llegó a México, se manifestó en su Universidad y produjo una represión siniestra. Las autoridades hablaron de 35 muertos; los estudiantes, de más de 300 víctimas. Ametrallados por las Fuerzas de Orden Público, perseguidos por comandos de la extrema derecha, cazados luego en sus escondites y conducidos a prisión, los jóvenes mexicanos sufrieron una de las grandes matanzas de nuestro tiempo. La responsabilidad más directa recayó sobre el Presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz. Pero no podía estar exento de ella el ministro del Interior, Luis Echeverría. Cada uno de ellos representa una tendencia distinta dentro del movimiento que es el PRI. Díaz Ordaz, a la derecha;

Luis Echeverría, a la izquierda. Había ya una hostilidad entre ellos: se dijo que entonces Echeverría reprochó a Ordaz la represión.

En las siguientes elecciones presidenciales —5 de julio de 1970— fue elegido presidente Luis Echeverría, en sustitución de Díaz Ordaz. Se sabe como son estas elecciones: el PRI designa un candidato —el "tapado"—, que es indefectiblemente elegido por el país. Luis Echeverría podía representar una etapa "de izquierdas" para alternar a la de "derechas" de Díaz Ordaz. Efectivamente, nada más ocupar la Presidencia, Echeverría emprendió una serie de acciones de aspecto dinámico: una reconquista de los intelectuales perdidos o claramente disidentes, la incorporación de "consejeros" aperturistas, un largo viaje por el mundo explicando la "realidad" mexicana y un intento de renacimiento de la vieja y paralizada reforma agraria, que requería una cierta colaboración patronal para la creación de factorías de transformación de productos agrícolas junto a las tierras explotables, con lo cual se crearían nuevos puestos de trabajo: los patronos se resistieron a las inversiones y a la